

Escalopía, 2. - 2.º *Periodico defensor de los intereses morales y materiales de esta provincia.*
 Se publicará todos los domingos.
NO ESTA AFILIADO A NINGUN PARTIDO POLITICO.

Anual, 8 ptas.
 Semestral, . . . 4 "
 Trimestral . . . 2 "
 0'15 ptas. número

Año X.

Gerona 4 de Diciembre de 1927

Núm. 431

SOCIEDAD DE NACIONES

VI

Decadencia

Ya queda dicho que por cualquier lado que se mire la cuestión de la ocupación renana, es del todo improcedente. Ni bajo el punto de vista de la culpabilidad, ni por las normas del derecho, ni por las circunstancias puede sostenerse en modo alguno el principio de ocupación. Queda por consiguiente de manifiesto cuanto interesa al buen nombre de la Sociedad de Naciones la revisión del tratado de Versalles. Revisión que en rigor debía de haber sido el primer acuerdo de la Sociedad, para con él dar fin al vicio de origen de concluir tratados de paz las partes beligerantes erigidas en jueces, y con él el funestísimo período histórico de acciones y reacciones violentas, eterna rémora del progreso de los pueblos.

Otra de las consecuencias inevitables de la política de ocupación, decíamos, es un paso más en el camino de la decadencia. Tesis que viene a ser un corolario de lo expuesto anteriormente. Que la última guerra fué prueba manifiesta de general decadencia, está fuera de duda. El fin, como se sabe, es el principal elemento constitutivo de la bondad o malicia de los actos humanos. Si el de los beligerantes hubiese sido imitar la hazaña del que batió en Lepanto el poder de la media luna, rescatar el sepulcro de Cristo, llevar la civilización al Asia, Africa u Oceanía, realmente hubiese merecido la bendición de Dios, el agradecimiento de los hombres y el aplauso de la historia, porque con éxito o sin él ingería un principio de vida a la sociedad civil, huérfana de altos ideales. Pero desarrollarse una guerra mundial por el Dios desconocido, por una locura; correr los pueblos en tropel a estrellarse unos contra otros, como corrian las aguas del diluvio para aniquilar la tierra; concertarse en nombre de la Civilización ¡ahl para combatir a Alemania civilizada, eso es una prueba fehaciente de la general decadencia, de que no es fácil hallar precedentes.

En nombre de la civilización

os aliasteis en contra de Alemania? ¿De cuál? ¿De la material? Si llegó al colmo de su prosperidad material en el interior, dando muestras de ser adiestradísima maestra en el arte de la colonización. ¿De la moral? La Francia de la expulsión y confiscación de las congregaciones la Francia que por boca de Viviani apagó las luces del cielo, la Francia de la apoteosis de la asesina de *Le Figaro* no puede hablar en nombre de la moral. ¿De la intelectual? ¿Como puede ser así si el esfuerzo del pensamiento atemán, muchas veces digno de severa represión, ha subyugado a Francia de tal suerte que se constituyó en ciertas disciplinas, y no las más recomendables, su discípula fiel y ardiente imitadora? La patria de Leibnitz, Kant, Hegel, Görres, Hattinger, podrá ser criticada no de falta de ingenio, sino de inspiradora en alguno de esos nombres, del cristianismo impío de los Renan, Taine, Renouvier y Vacherot. ¿Cómo podrá ser en nombre de la civilización siendo general creencia que el exceso de ella, si es lícito hablar así, excitó la envidia de ciertas potencias induciéndolas, como Caín en contra de Abel, a tomar partido en favor de los aliados? Son legión los que han pensado, y no tenemos porque velar el pensamiento, que si el móvil de la civilización, en el sentido más amplio de la palabra había de inspirar el partido que debía tomarse en la guerra, era deber de los aliados, al no mantenerse neutrales, decidirse por Alemania.

La cifra verdaderamente fantástica de seres humanos sacrificados, el enorme volumen de destrozos materiales, la relajación de los resortes morales efecto de la guerra, tantos y tantos sacrificios por un no sé qué, y ese no sé qué por las naciones más adelantadas del mundo, fué el espectáculo más deprimente, más desolador, el más escandaloso, y el que mejor retrata la locura de las gentes y la general decadencia. Decadencia que no deja de ser tal porque viste oronia se cansa de esperar en vano

y púrpura, como oro y púrpura vestían aquellos a quienes el Salvador para condenar su decadencia interior, sus abominables vicios, aunque blanqueados llamaba sepulcros, donde tienen su guarida la muerte y la putrefacción.

Las energías que se gastaron luchando entre sí pueblos civilizados eran bastantes, más que bastantes sobradas para llevar los beneficios de la civilización a los más apartados confines del globo. Triste triunfo de un laicismo desapoderado que tanto influyó a la sazón en el gobierno de los pueblos. Si la Europa hubiese tomado nota de las saludables advertencias que el nuevo Moisés, la Iglesia, le dirigía año tras año, día tras día, sin cesar, invitándola a que diese frutos de satisfacción y penitencia, el cielo pródigo no hubiese consentido que su hija predilecta se precipitara en el despeñadero de la guerra. O si por lo menos como en la edad media hubiese acudido al arbitraje de los papas, de que todavía hay ejemplo reciente en el pontificado de León XIII. Europa no hubiera presenciado la inmensa catástrofe que después de arruinarla la hizo tributaria del extranjero. Triste triunfo de quienes ufanos ante el progreso material se empeñaron en gobernar la Sociedad sin Dios y enfrente de su Iglesia sin tener en cuenta que seguían el camino que lógicamente conduce al desastre. Si; también tiene su lógica el desastre. Si hay un Autor de todo lo criado, es lógico admitir una providencia que cuide de su obra; si hay providencia sería insultarla desposeerla del atributo de la justicia; si es lógico que haya justicia, lo es así mismo que se ha de premiar el bien y castigar el mal; y puesto que el mal iba de triunfo en triunfo lógico era que fuese de derrota en derrota; y porque el mal de la inmoralidad aumenta todavía en proporciones aterradoras, pretendiendo bien, naciones empedernidas! lógico será esperar nuevos y mayores desastres que hagan patente la justicia de Dios sobre los pueblos.

Inmensa desgracia fué para el mundo que le gobernarán políticos que no supieran evitar la guerra. No será menor la de ahora si es gobernado por políticos que no sepan asegurar la paz. Dejad que alema-

que se le levante la losa de plomo con que la ceguera de Francia la oprime; dejad que cunda la idea entre su masa productora de que el fruto de sus afanes es para pagar una cuenta disconforme con los postulados de la justicia; dejad que arrollados por esa corriente caigan los Seipel, los Stressemann, cansados los pueblos de seguir los consejos de la paciencia; dejad que las fuerzas políticas se desplacen hacia la extrema izquierda, hacia el socialismo, y vereis correr como reguero de pólvora las ideas bolcheviques, de que también está minada Francia.

Nada de esto es imposible, porque las naciones no son como los individuos. Estos, porque tienen eternidad, pueden meritoriamente apurar hasta la última gota el cáliz de amargura que una caterva de endiosados y empedernidos le da a beber: las naciones porque acaban con el tiempo y en el tiempo han de realizar los fines que le son propios, no es maravilla que en su desesperación busquen nuevos derroteros donde puedan realizarlos, ya que el camino de la paciencia es el camino de la vejación y de la esclavitud. Si los nuevos métodos adoptados por Alemania y Austria fuesen dirigir las miradas hacia el norte, y un plan concertado repitiese en las dos naciones la revuelta comunista que puso en peligro el gobierno de Seipe, ¡ay de la Civilización! ¡ay de Europa! ¡esa sería la señal del fin! unos tras otros se desplomarian los poderes restauradores, insostenibles ante la expansión del bolchevismo, convirtiéndose la Europa en un lago de sangre, e inaugurándose la era soviética, que es lo mismo que decir la Europa salvaje.

Algo de eso habrá en el ambiente cuando ejércitos inmensos en tiempos de paz se mantienen en pie de guerra agotando enormes sumas del erario público, debilitando la industria, perturbando el comercio, restando vida a la agricultura, acrecentando la pobreza, trayendo el desasosiego que no deja consolidar nada, y lo que es peor dando proporciones gigantescas al gran auxiliar de Lenin, la inmoralidad, obligado fruto de la concentración militar en las nuevas Sedomas, y de las trabas que pone al matrimonio el servicio de las armas.

